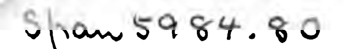


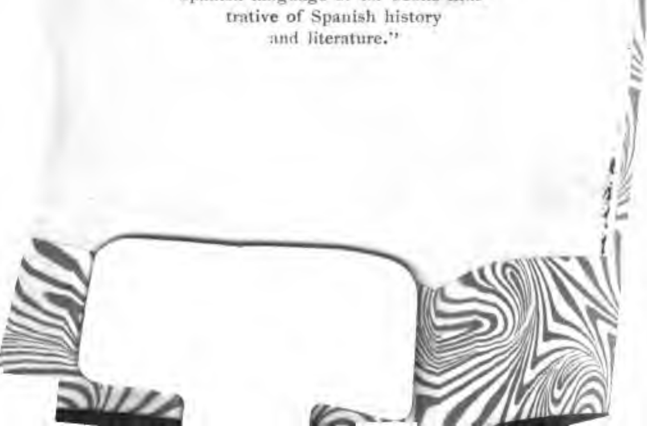
Span
5984
80
WIDENER
HN QURX R



HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY




SIGILLVM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS





Don Juan Valera

APUNTES DEL NATURAL

POR

EL CONDE DE LAS NAVAS



MADRID—*MCMV*

TIRADA DE 1.000 EJEMPLARES

El canónigo D. José Ramos López—Abad luego del Sacro-Monte de Granada—cuando yo vestía la roja beca, me habló muchas veces con tanta admiración como cariño, del que fué allí su compañero; del escritor cuyo retrato, pintado por V. Esquivel en 1889, figura hoy en el Colegio Nuevo, formando parte de la galería de hijos ilustres de la Casa. Viste uniforme diplomático, cruza su pecho la banda azul y blanca de la Concepción de Villaviciosa, y apoya la mano derecha sobre un rimero de libros por él compuestos, como diciendo; «estos son mis títulos para figurar entre vosotros, señores obispos, generales, magistrados, poetas y filósofos.»

Poco tiempo después de haber yo concluído la carrera de jurisprudencia, en nuestra casa solariega de Lucena—en la provincia de

2

Córdoba—anunciaban á mi abuela materna la visita del antiguo amigo de la familia y pariente cercano de nuestros parientes los Mesía de la Cerda.

Emborronaba yo mis primeras cuartillas por aquel entonces y corrí afanoso á conocer personalmente al personaje retratado en el Colegio de San Cecilio, el gran literato español, á D. Juan Valera, en fin; con el entusiasmo y la humilde reverencia que sentiría el último sacristán de la más insignificante aldea al saber que el Papa se dignaba visitar la parroquia. Tenía negra y brillante la abundosa cabellera —que ha conservado hasta su muerte—recogida por la frente y cubriéndole la parte superior del pabellón de la oreja.

Miraba tras sus quevedos de oro, los ojos un poco entornados á causa de la miopía, con tal fijeza y tan gallardamente, que obligaba á bajar la vista á todo aquel con quien encaraba.

Vestía con el limpísimo y correcto descuido que le caracterizaron, y llevaba el inmaculado cuello foque y la chalina de seda de gran lazo —en él siempre de moda—con los que aparece en la más conocida de sus últimas fotografías (*).

(*) La reprodujo en Lima el número de *Actualidades* del 11 de Marzo próximo pasado, compuesto é impreso en honor de D. Ramón Menéndez y Pidal.

En la época en que tuve la fortuna de conocer personalmente á D. Juan, era éste en lo físico, tal y como le representa su retrato al óleo de busto, obra de Germán Hernández, que colgaba en la biblioteca-despacho encima de la butaca donde puede decirse que pasó el señor Valera la mayor parte de los últimos cinco años de su vida. Desde aquella dictó á su fiel Secretario D. Pedro de la Gala el discurso á propósito de Cervantes y el *Quijote*, postrer y hermosísimo destello que dió al mundo de las letras la poderosa inteligencia del tesorero de la lengua española que se lleva al morir la llave de la caja. Así, pues, á cuantos visitaban al amable anciano les era dado apreciar de un solo golpe de vista cómo había sido en la primavera de su vida. Este retrato tenía para D.ª Emilia Pardo Bazán particular encanto, y pocos meses hace pensaba pedir permiso al Sr. Valera para sacar una copia.

Dejé de ver á D. Juan durante algunos años, pero nunca de leerle, de aplaudirle y de venerarle, vanagloriándome con el título de su «buen amigo y tocayo» como él me llamaba.

Luego, mientras estuvo en Madrid, no pasó semana en la que yo dejase de visitarle, desde la época, para mí famosa, en que se celebraron inolvidables veladas en su casa de la calle de Claudio Coello, número 25, donde D. José

Zorrilla recitaba sus versos, y las no menos deliciosas tertulias íntimas de la Sra. Duquesa viuda de Rivas, en la calle de San Miguel y plaza de Puerta Cerrada, á las que asistían de ordinario, á más de D. Juan Valera, D. Antonio Cánovas del Castillo, D. Miguel de los Santos Alvarez y D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Con el trato fué creciendo mi admiración por el gran escritor, por el cumplido caballero, por el crítico sin hiel y sin envidia, por el humorista inimitable, por el filósofo al alcance de todos, por el maestro, á todas horas, sin palmeta ni pedantería.

Era de los pocos hombres grandes que lo son hasta para su ayuda de cámara. En zapatillas, despecherado, afeitándose solo, mientras dictaba en la tristísima obscuridad de su ceguera, imponía aquella noble presencia á cuantos entraban en la biblioteca-despacho.

Ni lo cursi, anemia del entendimiento y del buen gusto, ni lo grosero, expresión también de cierta especie de impotencia moral y estética, lograron jamás manifestarse en sus escritos ni en sus pláticas más familiares. Y así, como el armiño—según nos cuentan—se desgarra el seno para arrancarse la mancha que cayó sobre la nieve de su piel, así á D. Juan le repugnaba hasta el título de cualquier obra literaria que fuese por sí solo cifra ó señuelo de indeli-

cadeza moral ó artística. Ejemplo de ello el apodo que un famoso novelista español puso á la señora, personaje principal de un cuento, nombre que por ser el de cierta pájara vulgar, alude directamente á la facilidad con que la dama otorgaba sus favores.

La crudeza más grande en los labios ó en la pluma del Sr. Valera se esfumaba bajo el aticismo incomparable de su estilo. Nada más interesante que verle ir eligiendo, sin esfuerzo alguno, en el tesoro de su diccionario, como el diamantista entre un puñado de brillantes y de perlas, la frase más amable, si clara y precisa, con la que, á modo de anestésico, procuraba evitar toda molestia á su interlocutor, ya cuando discutía calurosamente, por ejemplo, con su admirada amiga D.ª Emilia Pardo Bazán, ya cuando alentaba al principiante, aunque fuese desconocido, notando, á vuelta de plácemes y aplausos, lunares tamaños en la obra materia de consulta.

No pretendo intentar siquiera hacer la psicología—como ahora se dice—del maestro. Está en todos y cada uno de sus libros: ¿qué digo? en el más sencillo y breve de sus artículos, en cualquier esquela que dictaba. Por otra parte, al eximio Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo toca decir, como sólo él puede y debe hacerlo, á españoles y americanos, lo quo fué

y lo que representa en el cielo de nuestra literatura el astro que acaba de extinguirse.

«El amable anciano escéptico, como Montaigne, y pagano como Goethe», según le ha llamado un periodista de provincias cuando D. Juan alentaba aún, ha muerto realizando *la plenitud del casticismo español*, como diría el Sr. Unamuno; porque, andaluz, es decir hablista y católico, Valera ha consagrado las últimas gotas de savia de su cerebro á cantar las glorias del autor y del libro más famoso, de nuestra raza, y aprovechó también los últimos instantes de lucidez y las postreras palabras para confesarse, arrepentido de sus culpas, y recibir la absolución de su compañero en la Real Academia Española, D. Miguel Mir. Y es que D. Juan Valera fué quizás el último místico. Sus mujeres principalmente, entre los otros varios persónajes que echó al mundo aquella pluma tan fecunda y tan culta—hasta Rafaela la de *Genio y Figura*—aunque pueda parecer una blasfemia, sienten en ocasiones y se expresan á menudo, de manera y en forma que recuerdan más que vagamente las exquisiteces de sentimientos y de expresión de la gran Doctora de Ávila.

Se daba cuenta D. Juan del carácter, profundamente aristocrático de su labor en conjunto, y solía dolerse en la intimidad de ser

reducido el número de sus lectores aun entre las clases privilegiadas á las que él pertenecía por nacimiento, por inteligencia y por cultura. Achacábalo en parte y por partes iguales á su falta de condiciones oratorias, por lo que en la política activa no había pasado de Subsecretario y Director, y al miedo que siempre tuvo á estrenar en el teatro.

Lo cierto es que se sumaron, para no sacar á D. Juan del error acerca de su impopularidad literaria entre las clases cultas; el mal gusto del vulgo de levita, el extranjerismo de la aristocracia española, sobre todo de la de nueva cepa, nuestro infame comercio editorial y librero y la imperdonable apatía de los amigos íntimos. ¿Quién ha de atreverse á negar que por lo menos cuantos escriben en España y en América devoraban las obras del primer estilista de nuestra raza no bien se ponían á la venta? A todos, pues, por esto mismo, debe alcanzarnos el remordimiento: el más venerable, el menos discutido, el primero entre los literatos españoles, ha bajado al sepulcro sin gustar durante su larga y gloriosa existencia el más modesto homenaje público de una raza de setenta millones de hombres que hablan y escriben en la lengua de *Pepita Jiménez*.

Con ser así jamás le vimos renegar del tiempo presente y poner por las nubes los de sus

mocedades, muletilla común desde el principio del mundo á todo hombre maduro. Y cuenta, que en sus últimos años, y en letras de molde, le faltó á todos los respetos más de un escribiente mendigo de prólogos, á quien, por no tener tiempo y sobrarle achaques, se vió obligado D. Juan á decir: «perdone V., por Dios, hermano.»

No conocía la envidia, aunque sí pudo dolerle la incalificable preterición en que le tuvieron en vida sus contemporáneos, que le debían y no le otorgaron públicamente muchos aplausos, porque sólo él, según la feliz afirmación del Sr. Gómez de Baquero, «pudo realizar esa fusión del pasado y el presente, de lo viejo y lo nuevo, que en pocos sujetos se verifica.»

Todavía en la carta que leyó el Marqués de Villasinda, su hijo, en el Ateneo la noche de la velada en honor de D. José Echegaray, se quejaba el Sr. Valera de que el premio Nobel se hubiese repartido con Mistral y no otorgado íntegro al ingeniero y dramaturgo español.

Rarísima vez, y esto siempre oportunamente, hablaba de sus obras originales, ó de las muchas versiones que de ellas se hicieron en distintos idiomas en Europa y en América. Solamente mostraba de vez en cuando un ejemplar de *Pepita Jiménez* para que se viese la primorosa

encuadernación con que le había vestido su devoto admirador, D. Hermenegildo Miralles, de Barcelona. ¡Cuánto estimaba aquel obsequio el ilustre novelista: recreábase en él como muchacho con el premio ó el juguete acabados de recibir: lo agradeció siempre tanto como las feas agradecen los piropos!

Perdonaba pronto y totalmente ofensas personales, y lo que es mucho más, las críticas adversas á su labor literaria: que es sabido que no hay celos ni envidias como los de la inteligencia, ni dolor comparable al que sentimos cuando se nos hiere en el hijo que ella engendró.

Con las garrafales que cogió el P. Sbarbi en el huerto de *Pepita Jiménez*, hizo el autor de sus días una compota que solía ofrecer á los amigos á modo de confesión de sus culpas y sin demostrar rencor ni menosprecio hacia el crítico; antes bien reconociendo sus méritos.

Táchase al Sr. Valera de haber abusado en sus escritos del humorismo. Yo no pude darme cuenta exacta de si ello era idiosincrásico ó producto natural de su mucha filosofía. Me inclino á creer esto último, pues con ser muy optimista en general, paréceme que consideró la vida como una broma pesada que él tomaba sin incomodarse, procurando también no aguar con los propios sinsabores el vino del prójimo.

Amaba la existencia tal cual es, porque, según

sus propias palabras, no conocía personalmente otra mejor. En su última obra nos dice: «La gracia, el chiste, la risa benévola, que no lastima ni hunde á quien la provoca, era y es remedio y panacea de los pesares. Risa tal, apenas se da hoy. Cervantes la tenía como precioso don del cielo. Hoy la seriedad nos abruma»... «La risa sin hiel es celeste propiedad de los dioses y en la tierra privilegio exclusivo de los hombres sanos y fuertes. Seguro indicio de salud y de fortaleza es reir con suavidad y dulzura. Este es el mayor y más misterioso encanto del libro del *Quijote*. No se concibe la risa sin la debida conformidad con Dios, y sin reconocer y declarar que cuantas cosas Dios creó son buenas, como el mismo Dios dijo al crearlas».

Después de leer estos conceptos, escritos al borde del sepulcro ¿habrá quien se atreva á calificar de excéptico á nuestro noble amigo?

Proponíase, por fin, con su «risa benévola que no lastimaba ni hundía», contrarrestar el «pesimismo tétrico» que caracteriza al mayor número de nuestros jóvenes escritores y en los que después de todo suele ser desplante importado.

Aunque se encontrase mal, pasaba como entre abrojos, al hablar de sus padecimientos, de médicos y botica, en los que tenía poquísi-

ma ó ninguna fé. Rehuía, pues, el caer en el vulgarísimo empeño de que el prójimo comparta nuestros dolores físicos ó aprenda á la fuerza terapéutica.

Rayaba en el heroísmo con deudos, amigos y servidores, tratándose de practicar la rarísima caridad que consiste en llevar con paciencia las flaquezas, impertinencias, descuidos y picardías de nuestros semejantes, máxime cuando éstos son inferiores en edad, saber y gobierno, y de todas suertes, por su desgracia, dependientes.

Sólo él fué capaz de sufrir, riendo á veces, que un criado del mismo nombre y apellido, usase su ropa y le abriera la correspondencia, entre otras muchas libertades y desafueros que se tomaba y cometía el obscuro Juan Valera, en casa del autor de *Morsamor*.

Hace dos ó tres años encontré una noche á D. Juan divertidísimo, porque otro sirviente suyo *le había enseñado*, á los postres de la cena, que á las peras muy pasadas podía llamárselas con propiedad *berrendas*.

Era de oirle referir su viaje á Italia, cuando formó parte de la comisión que trajo á D. Amadeo y compuso el discurso que D. Manuel Ruiz Zorrilla debía pronunciar ofreciendo á Víctor Manuel, para su hijo, la corona de España; discurso que no llegó á decirse por ha-

berlo reproducido, antes del acto oficial para que se escribió, un periódico de Madrid.

No menos interesante en sus labios era la historia de aquel otro viaje del otro Zorrilla nombrado por Martos, á propuesta del propio D. Juan, para hacer investigaciones en nuestros archivos de la Obra Pía, en Roma; viaje y comisión en los que el gran poeta no pasó de las Landas en Francia, por encontrar en ellas una fonda donde se comía muy bien.

Del mismo modo que se tildó al Sr. Valera de demasiado humorista, hubo de acusársele de que nunca trataba en sus críticas generales, ni en trabajos especiales, de nuestros primeros publicistas contemporáneos, compladéndose, en cambio, frecuentemente, en aupar á medianías y desconocidos. Y véase, que ya en la misma denuncia se contiene la defensa del crítico ilustre, puesto que, como él decía muy bien, los primeros podían caminar sin andadores. Y al más bobo ocurre añadir que para los segundos la presentación ó elogios de D. Juan Valera valían tanto como pasaporte refrendado, ó letra de cambio cobrable á la vista.

Por otra parte, la queja es poco exacta en sus fundamentos, dado que se le debe más de un importante estudio crítico relativo á las obras de publicistas muy calificados, como por ejemplo, el trabajo que dedicó á D. Ra-

món de Campoamor, y éste puso de prólogo en una de las ediciones de sus poesías.

Lo que hay, es que á D. Juan le gustaba volar solo, como al águila y no sumarse, como pavo, á la manada de los que aplauden ó censuran porque lo ven hacer.

El título de poeta era el que más halagaba al autor de *Juanita la larga*, y claro está que no hay que expedírselo ahora cuando hace mucho tiempo que lo refrendaron D. Antonio Alcalá Galiano y D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Los más de los días recitaba versos en idiomas clásicos y vulgares y siempre le satisfacía íntimamente que se le invitase á decir los suyos, originales ó traducciones.

No hay para que recordar si son notables las que deja hechas de *Dafnis y Cloe* y del *Fausto*, de Gœthe.

El profesor de griego Sr. Alemany y un sacerdote ó institutriz alemanes, le leían á menudo en sus lenguas respectivas los poemas de Homero y de Schiller, para conservar el fuego sagrado de la inspiración y enjuagarse la boca del pisto manchego que la vida moderna nos sirve como plato del día, todos los de la semana, en las columnas de los periódicos.

Durante aquellas lecturas clásicas, D. Juan,

aislado del mundo por la ceguera y la atención que prestaba, solía entusiasmarse alzando los ojos al cielo, moviendo los brazos alternativamente, como para corroborar la acertada expresión de las ideas ó llevar el compás del ritmo, y balanceando la venerable cabeza de un lado á otro con dulzura, poseído de verdadero arrobamiento.

A su conversación encantadora y á sus escritos de toda especie, jamás se mezclaron por faltarle vocabulario español castizo, palabras ni giros de otros idiomas, con haber viajado mucho por Europa y América y poseer, como poseía, con sus gramáticas y literaturas, que yo recuerde, el griego, el latín, alemán, francés, inglés, italiano y portugués.

Rendía verdadero culto á nuestra lengua, la que ha manejado como nadie y defendido siempre victoriosamente, aun contra D. Rufino J. Cuervo.

Poco tiempo hace leía yo á D. Juan, *Los nombres de Cristo*, de Fray Luis de León, en los mismos días en que vió la luz cierto artículo, de un publicista muy de moda, empedrado de blasfemias contra el idioma castellano. De pronto D Juan me interrumpió exclamando casi colérico; «¡*Jinojo*, y es esa la lengua que se ha quedado corta y estrecha para vestir nuestras flamantes ideas en América y en España!»

Como todos los poetas, no quería entender de negocios. Pudo serlo para él muy bueno, metiendo en el mismo saco honra y provecho, la publicación de la obra *El Centenario* que le confió el gobierno en unión de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado el año de 1892, y sólo le proporcionó disgustos y desembolsos. Y no se diga que por falta de matemáticas temía aventurarse en especulaciones; era tan aficionado á aquéllas que casi todas las tardes descansaba de lecturas y dictados, planteando problemas algebraicos que resolvía con suma facilidad en unión de su sobrino el capitán de artillería D. Valentín Valera. Las matemáticas, según observa un crítico citado más arriba, fueron parte para que conservase D. Juan en el ejercicio literario la claridad y la regularidad, la probidad de las ciencias exactas (*).

Y con ser poeta y matemático se quejaba de que, á pesar de los sabidísimos versos, «treinta días trae Noviembre, con Abril, Junio y Septiembre», y la cuenta de los nudillos, en ochenta años no había podido retener los días que tiene cada uno de los doce meses.

Si no se preocupó mucho por adquirir bienes materiales, tampoco defendió con ahinco su hacienda, devastada en Cabra por la filoxera

(*) *Gómez de Baquero*.—Dos muertos ilustres; Balart y Valera. *La España Moderna*, 1.º Mayo 1905.

y la administración y mermada en Madrid, por tener á todas horas abiertas de par en par las puertas de su casa y la bolsa á literatos venidos á menos ó no llegados á más. Pensaba escribir un libro á propósito de algunas entre las más célebres de esta clase de visitas y otras tanto ó más originales que había recibido en España y en el extranjero durante su larga existencia. Muestra de lo que hubiese sido esta obra se ofrece en el deliciosísimo relato rigurosamente histórico que lleva por título «Canastel de Flores». Es este el nombre de cierto individuo que entró una tarde muy peripuesto—salvo que llevaba alpargatas — en el despacho-biblioteca de D. Juan; comenzó hablándole de poesía y concluyó por salir de la casa con las alpargatas liadas en *La Epoca* y calzando unos botitos de charol que el Sr. Valera no había llegado á estrenar (*).

De todas sus obras impresas regalaba bastantes ejemplares á los amigos y concedía también con la mayor liberalidad, permiso para que las tradujesen.

Mucha fué siempre la modestia del tesorero de la lengua castellana; desconfiaba á cada paso del mérito de su labor literaria pasada y presente, y ha muerto sin haberse hecho el

(*) Se publicó este artículo en *La Ilustración Española y Americana*, 15 Septiembre de 1900.

uniforme de Embajador y sin poner siquiera pluma blanca al sombrero del de Ministro Plenipotenciario que lucía ya muy rara vez y sólo en ocasiones solemnes.

En la boda de su hija D.ª Carmen se lo vimos vestir por última vez. Moreno Carbonero, que figuró entre los invitados, deploró no tener á mano sus pinceles para tomar apunte del bellísimo grupo: D. Juan Valera sentado en un ángulo de la biblioteca-despacho acariciaba á sus dos preciosos nietos los hijos de los Marqueses de Villasinda que, al de su abuelo paterno, suman de segundo apellido el del Duque de Rivas.

También á los gobiernos que se sucedieron en estos últimos años debería remorderles la conciencia por que el autor de *Pepita Jiménez* ha muerto sin colgar de su venerable cuello el Toisón de oro concedido á políticos y literatos de muchos menos méritos.

D. Juan amó mucho y por ello, si delinquió, merece perdón como la Magdalena.

Su inextinguible optimismo doraba las más grandes negruras del pasado, del presente y de lo porvenir: en todo tenía fe y esperanzas, menos en nuestros hombres de ciencias exactas, físicas y naturales y en las ulteriores victorias de la moderna campaña feminista. Para el señor Valera, para *Eleuterio Filogyno*, fué cues-

tión de estética el opinar que se cerrase á la mujer las puertas de la Academia de la Lengua. Encontraba ridículo que un miembro de ella excusase su asistencia por estar dando á luz ó tuviese que interrumpir su discurso para dar de mamar al niño.

Si semejantes escrúpulos constituían una preocupación inexcusable, declaro que no le conocí ninguna otra, y que él mismo procuraba convencerse del que pudiera ser error ó añejo prejuicio.

¿Quién pudo jamás aventajarle en cortesía, nobleza y caridad en la polémica? Sobradas muestras ofrece de ello en las que sostuvo con Campoamor y la Sra. Pardo Bazán entre otras muchas.

Su folleto *Currita Albornoz* representa la protesta, rayana en indignación, del hombre de bien que vé sacar á la vergüenza pública á toda una clase en circunstancias peligrosas para la armonía social y con la poca caridad que rebosa del grito «¡caballos al toro!» lanzado en nuestros circos por los que ven la fiesta á salvo en el tendido. En aquel interesante folleto se recuerda por otra parte la prevención que encierra el viejo adagio castellano «cría cuervos y te sacarán los ojos».

El antiguo diplomático recluído en su biblioteca-despacho, seguía de cerca el curso de los

acontecimientos políticos y se preocupó extraordinariamente cuando se trataba por primera vez de la guerra que nos ha costado perder nuestro imperio en Ultramar.

Por conocer bien á la República del Norte de América opinaba como D. Antonio Cánovas que debían agotarse todos los recursos de la diplomacia antes de emprender la aventura que tan cara nos costó. Reflejo vivísimo de estas opiniones es el folleto *Los Estados Unidos contra España.*

Al fin de su discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en el que juzga en parte la de Cánovas, se contiene un prontuario de gobierno y administración que según el encanecido diplomático deberíamos poner en práctica para restaurarnos.

A toda suerte de disciplinas se extendió la fructífera labor del estilista, del filósofo, del poeta, del diplomático y del sociólogo que así lamentaba nuestro atraso culinario como la guerra salvaje declarada al arbolado en casi todas las provincias de España.

Días pasados leíamos en la *Revista de Montes* (*) que hablando de la custodia de los públicos, «emitió un juicio [lo copia el periódico] que puede considerarse hoy de palpitante ac-

(*) 1.º de Mayo.

tualidad, á pesar de los años transcurridos, y fiel resumen de la buena doctrina en este punto.»

De su gran labor literaria hay que descartar la continuación de la *Historia general de España* de D. Modesto Lafuente, edición de Montaner y Simón, Barcelona, 1877-1882; en la que, no obstante rezarlo la portada, no puso una sola letra D. Juan Valera.

Se levantaba últimamente á las nueve de la mañana. Leíanle en seguida los periódicos, divirtiéndole en grande los artículos de Taboada.

Luego dictaba á su secretario D. Pedro de la Gala algunas cartas de las más urgentes, que no hay para qué decir si la correspondencia particular de D. Juan fué siempre grande con Europa y América.

El Doctor Thebussem conserva sin duda alguna en más estima que sus ejecutorias de nobleza, cientos de cartas de su grande amigo llenas de impresiones del momento, que sólo á él comunicaba, y en las que vertió D. Juan su verdadero, desnudo é íntimo discurso sobre la literatura y la política contemporáneas.

Después solía dictar al mismo Gala, trabajos literarios.

A la una se bañaba diariamente tarareando siempre durante la hora larga que empleaba en la operación. A medio vestir, volvía á llamar á *Perikito*, sosteniendo con él sabrosísimas pláticas y haciendo que le contase cuentos ó le diese su opinión sobre los problemas más arduos ó acerca de los hombres más eminentes, divirtiéndole infinito que su querido é inteligente secretario, le confesara una y mil veces, sin empacho, que Horacio le parecía un *latoso*, original y traducido.

El amor era casi siempre el tema favorito en estas pláticas.

D. Juan almorzaba á las dos, prefiriendo de vez en cuando, los platos de la modestísima cocina cordobesa á los más exquisitos franceses.

Bebía en todo tiempo, ligero vino blanco de *Los Moriles*, del cantado por el poeta lucentino Luis Barahona de Soto.

Fumaba mucho, pero sólo cigarrillos emboquillados.

Después de almorzar solía quedarse traspuesto en una butaca.

Por tarde y noche recibía á sus amigos, contándose entre ellos últimamente el P. Alarcón, de la Compañía de Jesús.

Los viernes, sábados ó domingos, se celebraban tertulias literarias, á las que ahora concu-

trían Doña Emilia Pardo Bazán, los Sres. de Lampérez, los de Vázquez de Parga, D. Alfonso Danvila, los Marqueses de Villasinda, D. Ricardo Spottorno, D. Emilio Ferrari y varios otros publicistas y académicos nacionales y extranjeros. Otras noches, entre semana, se daban lecturas, ya de las obras teatrales, para estrenar, de Doña Blanca de los Ríos y de los hermanos Quintero, ya de otras producciones históricas ó poéticas, como por ejemplo, las notables y varias de D. Alfonso Danvila, las delicadas poesías de la señora Marquesa de Bolaños, los parecidos *Retratos*, de D. Antonio de Zayas, *El Castillo del Marqués de Mos en Sotomayor*, bello é interesante libro de la señora Marquesa de Ayerbe y los entretenidos viajes y cuentos orientales del Marqués de Villasinda.

Abrumado por el trabajo mental—que por su falta de vista era para D. Juan también el sólo esparcimiento—y apoltronado por no hacer ejercicio corporal, dormitaba frecuentemente en visita, lecturas y tertulias; pero sin dar cabezadas, enhiesto siempre y en posturas correctas.

Nunca le ví en bata, y en zapatillas sólo cuando se encontraba muy mal.

En aquella poderosa, simpática y bien equilibrada inteligencia, no había crepúsculos. Don

Juan se dormía de pronto y de pronto despertaba, en plena posesión de sus facultades mentales, reanudando la plática sin balbuceos.

En familia, como en sociedad, era amabilísimo y divertido.

¡Con qué aristocrática galantería besaba la mano de su esposa cuando ésta se acercaba á la butaca para darle las «buenas noches»! «Muy buenas noches, señora mía», exclamaba sonriendo dulcemente, incorporándose y mirando cara á cara á doña Dolores Delavat... sin poderla ver.

Cuando su hija Carmen, hoy señora de Serrat, salía de la biblioteca-despacho después de despedirse de su padre, para asistir á un baile ó á una comida, D. Juan pedía que se le describiese el traje y tocado de la joven, disfrutando de antemano, con la buena impresión que aquélla produciría en la fiesta. «¿Están las señoras?... ¿Ha vuelto Carmencita?... ¿Salió doña Dolores?» preguntaba siempre en voz baja, temiendo ofenderlas, antes de decir un chiste subido de color ó de hacer tal cual observación demasiado gráfica.

En uno de aquellos adormecimientos de que antes hablé, le copió su sobrino, D. Lorenzo Coullaut y Valera, por cuyos triunfos artísticos se interesaba vivamente.

El retrato está hecho con lápiz ordinario en un plieguecillo de papel de cartas del Senado.

No conozco estampa que más se parezca al original tal y como era en los últimos años de su vida, si se exceptúa la fotografía que su hijo, el Marqués de Villasinda, le hizo también en la biblioteca-despacho, no hará once meses.

El apunte del distinguido escultor, que yo conservo como una reliquia de «mi buen amigo y tocayo» (*), me sugirió la idea de escribir estas deshilvanadas é insulsas notas que no tienen más valor que el de haberlas dictado la verdad, el cariño y el respeto.

D. Juan Valera deja comenzadas las obras siguientes:

Elisa la Malagueña, novela. La introducción versa sobre el teosofismo, si mi memoria no va descaminada, y es verdaderamente admirable por el fondo y por la forma.

Otras dos novelas con escenarios en Madrid y en Villabermeja, *(Doña Mencía)*, respectivamente.

Dos ó tres *cuentos* y *chascarrillos* de los que sobraron al formarse el tomo de los *andaluces*.

(*) Es el que, reproducido por la fototipia de los Sres. Hauser y Menet, va en cabeza de este folleto.

El primer artículo de tres que pensaba escribir, á propósito de gramáticas comparadas, tratando de las de Alemany, Padilla y Menéndez Pidal.

Meditaciones utópicas sobre educación humana, de las que van impresos unos ocho pliegos, más tres del tomo VI del *Florilegio de poesías castellanas del siglo* XIX, y dos compuestos.

Con el Dr. Thebussem tenía comenzadas unas epístolas sobre cocina española.

Interesantísima sería la publicación de una completa nota bibliográfica de D. Juan Valera; mas para conocerle de cuerpo entero, tengo para mí que no basta leer todas sus obras ya impresas ni las que deja comenzadas: en donde su espíritu se retrata con absoluta nitidez, es en la *carta particular*, en la correspondencia privada que sostuvo con su familia y amigos de ambos sexos. En ella vertió los más peregrinos conceptos y alcanzó más quilates el brillante de su estilo: fué la carta la que reprodujo como fonógrafo perfecto la encantadora armonía, característica en las pláticas familiares de aquel grande estético.

Decíame de él D. Ramón Rodríguez Correa: «Cuando Juanito anda por esas embajadas, me encuentro perdido en mi ignorancia: cuando está en Madrid, en media hora de conversación,

aprendo cuanto me hace falta para un año sin necesidad de libros ni periódicos.»

Un *Epistolario* de D. Juan Valera, sería digno colofón en la obra completa del tesorero de la lengua castellana.

Y ya que no le honramos en vida como él se merecía, ¿no podríamos ahora reparar nuestra gran falta?

¡Qué bien haría su estatua en medio del hermoso paseo público de Cabra transformado hoy á la moderna como la huerta de *Pepita Jiménez*, después de su boda! Allí, cerca de «la fuente del río, donde al pie de la Sierra brota de una peña viva todo el caudal cristalino, hierbas y flores verterían para él sus más generosos perfumes»; el mismo sol, que acarició su cuna, por mañana y tarde doraría la efigie; «el lento són de las campanas del remoto santuario de la Virgen, amortiguado y semiperdido por la distancia», convidaría á sus paisanos á rezar un Padrenuestro por el alma del ínclito egabrense; y, cuando por fin «las sombras nocturnas fuesen ganando terreno en aquellas regiones, le alumbrarían en la tierra los gusanillos de luz y en la bóveda azul las más luminosas estrellas.»

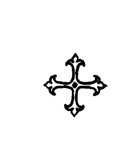
No desdeñen la idea, por ser mi humilde pluma quien la inicia, los escritores americanos y españoles, las Academias á las que per-

teneció D. Juan Valera, el Senado, el Cuerpo Diplomático, el Ayuntamiento de Cabra, don Fernando Fé, editor de sus obras, y D. Lorenzo Coullaut, á quien nadie disputará la honra y la satisfacción de labrar la estatua que debería descubrirse un día de San Juan Bautista.

Y que lo vea

El Conde de las Navas

Madrid, 23 de Mayo de 1905.



D. JUAN VALERA, apuntes del natural,
se acabó de imprimir en la Oficina
tipográfica de D. Ricardo Fé,
calle del Olmo, 4, Madrid;
el día del autor de
PEPITA JIMÉNEZ
24 de Junio de
1905.

DIOS SOBRE TODO



LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, núm. 2.—MADRID

OBRAS DE DON JUAN VALERA

DE LA R. A. E.

	Ptas.
Pepita Jiménez: un vol. en 8.º	3
El Comendador Mendoza: un vol. en 8.º	3
Algo de todo: un vol. en 12.º	2,50
Las Ilusiones del Dr. Faustino: dos vols. en 8.º	5
Pasarse de listo: un vol. en 8.º	2,50
Doña Luz: un vol. en 8.º	3
La Buena fama: un vol. en 16.º, con grabados	2,50
El Hechicero. El Bermejino prehistórico. Las Salamandras azules: un vol. en 16.º, con grabados	2,50
Dafnis y Cloe (trad. del griego): un vol. en 8.º	3
Estudios críticos: tres vols. en 12.º	9
Disertaciones y juicios literarios: dos vols. en 12.º	6
Cuentos y diálogos: un vol. en 12.º	2,50
Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia: tres vols. en 12.º	9
Tentativas dramáticas: un vol. en 12.º	2,50
Canciones, romances y poemas: un vol. en 12.º	5
Cuentos, diálogos y fantasías: un vol. en 12.º	5
Nuevos estudios críticos: un vol. en 12.º	5
Cartas americanas (1.ª serie): un vol. en 12.º	1
Nuevas cartas americanas (2.ª serie). un vol. en 8.º	3
Pequeñeces..... Currita Albornoz al P. Luis Coloma: un folleto en 8.º	1
Las Mujeres y las Academias, cuestión social inocente: un folleto en 8.º	1
Ventura de la Vega, biografía y estudio crítico: un vol. en 8.º, con el retrato del biografiado	1
Juanita la Larga: un vol. en 8.º mayor (3.ª edición, con grabados)	6
La Metafísica y la Poesía, polémica con D. Ramón de Campoamor	3
A vuelapluma, artículos literarios: un vol. en 8.º	4
De varios colores: un vol. en 8.º	3
Genio y figura: un vol. en 8.º	3
Morsamor: un vol. en 8.º	4
Ecos argentinos: un vol. en 8.º	3,50
Garuda ó la cigüeña blanca (edición ilustrada): un vol. en 8.º	2,50
Florilegio de poesías castellanas: cinco vols. en 8.º	15

